

¿Qué se debe exponer en un libro de historia del Perú contemporáneo?

Carlos Contreras

Pontificia Universidad Católica del Perú

Marcos Cueto

Universidad Peruana Cayetano Heredia

Agradecemos la disposición de *Histórica* para recibir estos comentarios de la reseña que Margarita Guerra hiciera a la primera edición de nuestro libro *Historia del Perú contemporáneo* (Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1999) en el número XXIV.1. La Dra. Guerra es profesora del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y aparte de sus recientes trabajos sobre aspectos específicos de la guerra del Pacífico, ha publicado libros que, al igual que el nuestro, son intentos de compendio de la historia del periodo independiente o republicano de nuestro país.

En la reseña la Dra. Guerra menciona lo que considera algunos logros del libro y, como es natural, realiza también varias críticas y reparos. Entre éstos figuran algunos aspectos puntuales y otros de carácter más amplio. En cuanto a los primeros, tenemos que aceptar, desde luego, que en nuestro libro se deslizaron algunos errores en los nombres de pila de algunos personajes (felizmente la mayor parte ya han sido corregidos en la segunda edición de nuestro libro, en circulación desde el mes de agosto del 2000) y que tal vez –no olvidemos que se trata de un libro de síntesis–, debimos haber mencionado el obraje de Sinsicap en La Libertad, o los chorrillos del Cuzco. Más discutibles nos parecen otras precisiones como, por ejemplo, la de que en la entrevista de Miraflores entre los delegados del virrey Pezuela y de San Martín no se mencionó, de acuerdo a

Guerra, la propuesta de la monarquía constitucional como una alternativa para el Perú; que Mariano José de Arce fue primero "radical" y solo más tarde "reformista moderado"; que las conductas políticas de Riva-Agüero y Torre Tagle frente a la presencia bolivariana en el Perú serían vistas por nosotros "con simplismo"; y que las luchas entre los caudillos de la década de 1830 no sólo eran enfrentamientos regionales y/o derivados de la diferencia en las políticas de comercio, como nosotros habríamos anotado.

Respecto de la entrevista de Miraflores (realizada en setiembre de 1820 y no de 1821, como seguramente por involuntario error indica Guerra), el propio testimonio de Hipólito Unanue, uno de los delegados de Pezuela y secretario del grupo, indica que cuando las conversaciones parecían concluir en nada, fueron los delegados de San Martín quienes deslizaron "la insinuación" de que podría haber "un medio de conciliación" entre criollos y peninsulares, y que al pedírseles mayor claridad sobre eso, lanzaron la propuesta de una monarquía peruana. Fue entonces que los delegados virreinales argumentaron sobre los costos que supondría ello para el Perú, y sobre las ventajas de lo que podríamos llamar hoy "economías de escala" a favor de una gran monarquía central en vez de muchas locales. Respecto de Arce, probablemente las cosas hayan sido como la Dra. Guerra propone, pero finalmente ¿quién decide qué y respecto de qué vamos a poner etiquetas tan subjetivas como reformista o radical? Frente a una cuestión tan compleja como la Independencia, el mismo hombre podía ser simultáneamente radical frente a algunas cosas (por ejemplo, la presencia peninsular en el país) pero moderado, o hasta conservador, respecto de otras (como, por ejemplo, el modelo de organización a asumir por el nuevo país, ya liberado).

Luego, en ningún momento usamos la palabra "traidores" para referirnos a Torre Tagle o a Riva-Agüero. Admitimos que su tratamiento podría ser –digamos– irreverente, al igual que respecto de otras figuras de lo que en México se llama la "historia de bronce". En parte es un estilo deliberado del libro, que busca despojar de solemnidad a los hombres públicos, y presentarlos en cambio como personas de carne y hueso, suscepti-

bles a las vanidades humanas. El costo de esta opción, claro, es que no se puede contentar a todos. El tema de la Independencia seguirá siendo controvertido, dadas sus implicancias sobre lo que podríamos llamar la “conciencia nacional”; por lo que en el libro hemos tratado de transmitir lo complejo y hasta contradictorio que fue para los hombres de la época reaccionar y tomar decisiones acerca del dominio peninsular y el arribo de los jefes libertadores de los países vecinos al nuestro. Lo que sí creemos es que para trascender los debates de hace veinticinco o treinta años sobre la independencia, una de las cosas que debe hacerse es dejar de discutir el tema en términos de “próceres” y de “traidores”.

Tampoco decimos en el libro que la escisión regional y las políticas de comercio exterior hayan sido los únicos factores de las luchas entre caudillos como Gamarra, Santa Cruz, Orbegoso y Salaverry. En el libro, como la propia reseñadora anota, hemos tratado de recoger, y de fundir en una nueva síntesis, los aportes recientes para la comprensión de la historia de los siglos XIX y XX en el Perú. Es precisamente ese aspecto de las luchas caudillistas de dicha coyuntura el que más han destacado las investigaciones nuevas, como las de Paul Gootenberg y Susana Aldana, por ejemplo. Es cierto que las investigaciones, no por recientes, van a ser mejores que las antiguas, pero en un volumen de poco más de 300 páginas hay que optar por algunas referencias que pueden ser novedosas para la mayoría de los lectores, y sacrificar las más conocidas. En este caso el costo de presentar “algunas nuevas posturas” y de replantear la historia nacional de los últimos dos siglos, fue dejar en un segundo plano las interpretaciones anteriores. Pero queremos dejar en claro que hemos tratado de reconocer y valorar los diferentes aportes que se han hecho a la historiografía peruana en los últimos años, tanto en el Perú como en el extranjero.

Los comentarios de tenor más general, van vinculados a la selección de lo que hemos llamado en el libro “los grandes proyectos políticos” de la historia del Perú republicano y a la razón de su no consolidación. Y, por otro lado, a la cuestión de si es conveniente, o no, poner al alcance de los estudiantes

interpretaciones novedosas aún no “debidamente validadas” por la investigación.

La Dra. Guerra señala su desacuerdo con nuestra visión del tercero de los cuatro proyectos que marcan el itinerario de nuestro recorrido por la historia del Perú independiente: llamado por nosotros “populista, nacionalista e indigenista”, puesto que no sería posible poner en un mismo paquete gobiernos tan disímiles como los de Leguía, Benavides y Bustamante. Aquí tendríamos que sentarnos antes a discutir cómo vamos a periodizar la historia del Perú republicano: ¿por periodos presidenciales? ¿No sería quedarnos en una historia atrapada por la descripción cronológica? Sin duda que en un país tan presidencialista como el Perú los gobiernos importan mucho, pero tomemos en cuenta que a su vez ellos actúan frente a una población que tiene determinadas organizaciones, ideas y actitudes, y que éstas determinan o influyen poderosamente, por lo menos no en menor medida de lo que podríamos llamar “el carácter del gobierno”, en la naturaleza o dirección de un período histórico. Claro que Benavides no era seguramente un indigenista ni Manuel Prado un nacionalista radical, pero sus regímenes debieron desenvolverse en medio de la obra y la acción de intelectuales como Luis Valcárcel, Antonio Encinas, Víctor Raúl Haya de la Torre o Jorge Basadre, que sí lo eran y a quienes de una u otra manera debían tomar en cuenta, o incluso tratar de volver sus aliados. La prédica del aprismo y del comunismo fue significativa a mediados del siglo veinte y caló en gruesos sectores de la población, lo que llevó a que los gobernantes, más allá de lo que hubieran querido hacer, tuvieran que adoptar conductas populistas, indigenistas o nacionalistas como respuestas a los movimientos sociales marcados por estas corrientes. Como la mayoría de las reseñas de trabajos de historia, la que aquí comentamos se concentra en alguna sección del libro y descuida otras. En este caso, la profesora Guerra destinó mucho menos atención a la sección del siglo veinte que a los albores de la república.

Por otro lado, es indudable que el englobar bajo una sola categorización un periodo tan largo y variado, y sobre todo tan próximo a nosotros como lo es “el siglo veinte corto”, desperta-

rá varias críticas o reacciones escépticas. Habría sido menos riesgoso proponer periodos más acotados o más ceñidos a los presidenciales, pero pensamos que eso era desperdiciar una oportunidad para comenzar a pensar el siglo veinte en términos históricos. Hechos como la explosión demográfica, que llevó a la población del país de tres millones y medio en 1900 a veintiséis millones en el 2000, la incorporación de la mayor parte de esa población al sistema educativo, a la vida urbana y al sistema político, y sobre todo la demanda de dicha incorporación por parte de la propia población, fueron el gran desafío y parcialmente también el gran logro del Perú del siglo veinte. Las demandas sociales que envolvieron estos cambios son las que se expresaron a través de la prédica indigenista, socialista y nacionalista, y fueron respondidas desde el poder con políticas autoritarias o populistas, que a veces añadían algunos de los ingredientes aportados por los propios demandantes.

De otra parte, el problema principal de los grandes proyectos políticos del país no fue su falta de consolidación; por lo menos no ha sido nuestra intención plantearlo en esos términos. Dicho problema fue quizás, más bien, la escasa conciencia de los obstáculos que debían superarse y la poca claridad para establecer metas de largo plazo que incorporasen a todos o a la mayoría de grupos sociales. Debido a ello los grandes proyectos políticos carecieron de un consenso suficiente y, frecuentemente, acabaron recurriendo a la exclusión y a la fragmentación social. Los proyectos políticos no estaban llamados a realizarse plenamente, como un diseño de arquitecto; constituían en cambio un programa para una acción sobre ciertos puntos. En este sentido, cumplieron su cometido. Tiene razón, sin embargo, Margarita Guerra cuando señala que sobre ello podríamos ser más precisos.

Queda discutir sobre si resulta conveniente presentar a los estudiantes universitarios o docentes secundarios las interpretaciones polémicas o aún en debate entre los historiadores, o si es mejor esperar "que haya sido debidamente validada la innovación", como propone la profesora Guerra. El problema aquí es ¿quién valida una innovación? o ¿quién decide que ya está validada? ¿La academia? ¿Es posible en estos tiempos postmo-

¿Podemos decir que una nueva interpretación histórica pueda quedar demostrada definitivamente? ¿No están acaso sujetas a debate permanente tanto las interpretaciones antiguas como las modernas? ¿Acaso no fortalece a la investigación histórica y al conocimiento del país la presentación ante el público de los problemas y debates entre los especialistas? ¿No es una manera dinámica de hacer comprender a los estudiantes que el pasado peruano es parte de una realidad compleja?

Se nos viene a la memoria un pasaje del historiador Oscar Handlin, quien señala que las ideas nuevas han desplazado a las antiguas, no porque en algún momento se haya demostrado fehacientemente su superioridad, sino por el hecho de que las personas que se educaron con los esquemas anteriores van desapareciendo y las nuevas generaciones aceptan con más facilidad las interpretaciones nuevas. Puede parecer poco científico, pero podría ser lo que sucede.

Rara vez se discuten en el Perú los libros de historia; por lo menos abiertamente, con la serenidad y seriedad de Margarita Guerra. Por ello queremos terminar esta nota agradeciéndole haber provocado este intercambio con su atenta lectura y valiosos comentarios sobre nuestro trabajo.